

Calvo Rúa, Alberto; ***El origen de los tercios en la Monarquía Hispánica. La formación de la élite militar de la Monarquía de los Austrias.*** Madrid, SND Editores, 2022. 129 pp., ISBN: 978-8418816482.

El estudio de los tercios como unidades militares de élite al servicio de la Monarquía Hispánica conforma desde hace tiempo una de las líneas historiográficas más potentes y consolidadas dentro de la Historia Moderna española, también de las de mayor aceptación e interés por parte de un público mayoritario. A las aportaciones ya clásicas y genéricas de historiadores como René Quatrefages (*Los tercios españoles*, Madrid, 1979), Geoffrey Parker (*El ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659*, Madrid, 1986) o Julio Albi de la Cuesta, (*De Pavía a Rocroi. Los tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1999), debemos unir otras más recientes, como las de Fernando Martínez Laínez (*Tercios de España: la infantería legendaria*, Madrid, 2006), Carlos Belloso Martín (*La antemuralla de la monarquía: los tercios españoles en el reino de Sicilia en el siglo XVI*, Madrid, 2010), Magdalena de Pazzis Pi Corrales (*Tercios del mar. Historia de la primera infantería de Marina española*, Madrid, 2019), Juan Víctor Carboneras (*España, mi natura. Vida, honor y gloria en los tercios*, Madrid, 2020), Davide Maffi (*Los últimos tercios: el ejército de Carlos II*, Madrid, 2020) o las de Hugo A. Cañete abordando episodios concretos de la historia de los tercios en el centro de Europa (*Los tercios de Flandes en Alemania: la guerra del Palatinado, 1620-1623*, Barcelona, 2014), en el Mediterráneo (*Los tercios en el Mediterráneo. Los sitios de Castelnuovo y Malta*, Barcelona, 2015) o en América (*Los tercios en América: la Jornada de Brasil, Salvador de Bahía, 1624-25*, Málaga, 2017), por no citar más que algunos entre los numerosos ensayos centrados en las últimas décadas en esta élite militar.

Pero la historiografía sobre los tercios se viene nutriendo mayoritariamente del estudio de la composición de las unidades, su oficialidad y mandos, su organización, formas de actuación, estrategias y tácticas, aspectos sociales relativos a los modos de vida del soldado de tercio..., así como del análisis de las principales campañas, exitosas o fracasadas, en las que participaron a lo largo de sus casi dos siglos de existencia. Y, sin embargo, todavía hoy en día aparecen cuestiones apenas analizadas, que han quedado relegadas por el mayor interés suscitado por las grandes glorias y fracasos de estas unidades militares al servicio de la Monarquía Hispánica. Una de ellas es precisamente la de su origen, a la que Alberto Calvo Rúa, graduado en Historia por la Universidad de Valladolid, especializado en historia militar española de la Baja Edad Media y Edad Moderna y también archivero del Cuerpo Facultativo de Castilla y León, dedica esta breve pero sugerente monografía, resultado de un trabajo de investigación universitario, en el que no se manejan fuentes archivísticas pero sí una importante (aunque no exhaustiva, ni mucho menos) relación de fuentes impresas y bibliografía que le permite ofrecer una visión lo bastante amplia del tema como para exponer algunas claves relevantes para su comprensión y fijación de fundamentos básicos.

Lo que el autor plantea desde el principio es la necesidad de establecer el punto de partida de estas unidades militares, toda vez que aún hoy en día se habla de la presencia de tercios en las diferentes batallas de las guerras de los Reyes Católicos en Italia en los primeros años del siglo XVI, cuando ya hace tiempo que la historiografía estableció la Ordenanza de Génova de 1536 como inicio *oficial* de estas compañías, al consolidar formalmente sus aspectos administrativos a diferentes niveles (salarios, organización de las unidades en tiempos de guerra y paz, nacionalidad de los capitanes...). Dado que los tercios se constituyen desde mediados del siglo XVI en la fuerza determinante para comprender cómo la Monarquía Hispánica se convirtió a partir de entonces en una potencia hegemónica en el escenario europeo, resulta totalmente necesario el planteamiento de esta hipótesis, a la que el autor pretende responder desde una perspectiva militar, dejando a un lado cualquier posible connotación épica, que ya en demasiadas ocasiones ha desvirtuado el estudio de la realidad histórica de estas

unidades. Para ello, Calvo Rúa se centra en los dos marcos fundamentales de análisis que tiene a su alcance desde su perspectiva de investigador novel: el teórico, a través del estudio de diversas ordenanzas político-militares desde el final de la guerra de Granada, y el más práctico, en el que repasa las aportaciones de aquellos capitanes que, con la implementación de diferentes novedades castrenses, pusieron en marcha el funcionamiento de las compañías que acabarían conformándose como tales tercios a partir de 1535-1536.

El enfoque teórico, mucho más breve en el «Desarrollo de la cuestión» en el que Calvo Rúa aborda los dos marcos indicados, pasa revista al cambio en la concepción del arte de la guerra en los finales del siglo XV y comienzos del XVI, caracterizado por la ruptura con el protagonismo absoluto de la caballería, y al relevante papel de la Reconquista como elemento forjador de una sociedad guerrera, que en Castilla, además, acercó inevitablemente las tradiciones caballerescas de la nobleza a las de las clases populares, por cuanto si los capitanes de las unidades militares procedían de la aristocracia, los soldados, los peones, procedían del *pueblo*. En este sentido, habla el autor de la Reconquista como pilar vertebrador de la génesis de los tercios, dado que permitió la aparición de las llamadas comunidades de «villa y tierra», el establecimiento de las órdenes militares como garantes de la frontera y la vertebración institucional de las nuevas comunidades a través de los fueros regios. En este marco teórico, se expone la relevancia del pensamiento y obra del humanista Alfonso de Palencia, autor del *Tratado de la Perfección del Triunfo Militar*, en el que se manifiesta gran defensor de un ejército con empleo predominante del infante en los campos de batalla y en el que el papel de la nobleza fuera cada vez menos hegemónico, pensamiento que seguirían los Reyes Católicos, quienes dieron el impulso teórico definitivo hacia estos cambios en la formación de las compañías castrenses. Así, en las últimas fases de la guerra de Granada, es ya bien visible la presencia de un elevado número de infantes (espingarderos, lanceros, ballesteros), que va restando poder a la nobleza, sustrayéndola así de la que había sido su principal función en los tiempos medievales, lo que desde luego se convertirá en breve en un importante foco de conflicto en su relación con la Corona. El repaso a las sucesivas ordenanzas de los Reyes Católicos desde 1492 y hasta 1496, que establecen las bases de un ejército moderno en el que los soldados se arman por orden directa de sus reyes y no de sus señores feudales, así como el nacimiento de las Guardas de Castilla, primer cuerpo permanente del ejército de la Monarquía Hispánica, o la centralización del poder militar, al ser necesario el consentimiento regio para los nombramientos dentro de las dichas guardas y al quedar para los monarcas la gestión de la tesorería castrense (libros del sueldo), llevan al autor a concluir que, en estos pocos años, los Reyes Católicos convierten el ejército medieval en uno moderno de infantes, al que sitúan, por primera vez, al servicio total y completo de la Monarquía.

Para su estudio de personajes y acontecimientos decisivos en la aparición de los tercios, el autor se fija en tres períodos y cinco figuras especialmente relevantes: las guerras de Italia de Gonzalo Fernández de Córdoba, las conquistas en el norte de África de Pedro Navarro, la guerra de Navarra de Fadrique Álvarez de Toledo, Próspero Colonna y la batalla de Bicoca y, finalmente, las de Rávena y Pavía con Fernando de Ávalos. Es precisamente en el escenario italiano donde hay que fijar el origen de los tercios, lo que no es casualidad, pues, como afirma Calvo Rúa, «el futuro de la joven Monarquía dependía del triunfo en aquella península» (p. 51). Fernando el Católico enviará a Italia sus mejores tropas, muchas de ellas veteranas de las guerras de Granada, mayoritariamente compuestas por ballesteros, piqueros y espadas, simulando el modelo castrense suizo, en un compendio de fuerzas menores en número a las francesas, pero a las que el Gran Capitán dota de importantes innovaciones en el arte de la guerra como el uso destacado de la artillería y de la infantería, reduciendo el de la caballería (solamente caballería ligera), introducción del arcabuz, y los ataques improvisados a las unidades adversarias en campo abierto. Haciendo un breve repaso de las dos guerras

de Italia, se centra en la de Nápoles (1501-1504) y, en especial, en la batalla de Ceriñola (1503), en la que aparecen dos de los ejes que marcarán el origen y funcionamiento posterior de los tercios: la división de las tropas en coronelías, grupos reducidos de soldados, lo que les otorgaba gran movilidad y mayor capacidad de adaptación a los diferentes campos de batalla y situaciones concretas dentro de un encuentro militar, y la dualidad en el uso del arcabuz-pica, por primera vez complementándose perfectamente en la defensa de posiciones y avances por territorio enemigo. Para la explicación de la batalla de Garellano, el autor incluye un interesante mapa de elaboración propia (p. 75), único en todo el volumen, que habría sido oportuno reproducir a mayor tamaño, en el que se apoya para explicar cómo este hecho militar se convirtió en un referente universal sobre cómo envolver a un ejército en campo abierto.

La evolución de estas unidades es fijada, en primer lugar, a través de la actuación de Pedro Navarro en el norte de África, escenario en el que se centra Fernando el Católico a partir de los años finales de la primera década del Quinientos tras el relativo apaciguamiento de la situación en Italia. Navarro, que también había combatido en las guerras de Nápoles, destacando en Ceriñola y Garellano al frente de la infantería, es el brazo militar en las conquistas de Orán (1509) y Bugía y Trípoli (1510), batallas que, con la participación de importantes contingentes de tropas procedentes de Italia, marcan un hito en el origen de los tercios, dado que se practican tácticas de ataques envolventes por dos partes: los soldados no hacen frente solo a un ejército dispuesto para la batalla, sino a guerrillas berberiscas dispersas, conocedoras del terreno y con gran habilidad para tender emboscadas, lo cual no es más que una de las características más emblemáticas del tipo de guerra específico de las tierras magrebíes. Además, es fundamental repartir los ataques tanto en el campo abierto aledaño a la ciudad como en la propia urbe amurallada a conquistar, de forma que la división de las tropas en pequeñas unidades con gran movilidad es esencial para alcanzar los objetivos trazados. Esta división en coronelías es especialmente visible en la conquista de Trípoli (1510), en la que también participan muchos veteranos italianos, logrando así el vasallaje de Túnez, y con él el control del Magreb central, fundamental para la seguridad de las posesiones italianas de la Monarquía ante el empuje del corso y piratería practicados por las embarcaciones berberiscas desde los principales puertos norteafricanos. Parte de las tropas conquistadoras quedarán, además, en los primeros años tras las conquistas, como guarnición permanente en estas plazas recién anexionadas, de la misma forma que sucederá en las plazas italianas tomadas a lo largo del siglo XVI, obligando a establecer compañías estables en Sicilia, Nápoles y Lombardía, punto clave para la definitiva organización de los tercios italianos a partir de 1535. El fracaso llega, sin embargo, ese mismo 1510, en el intento de toma de la isla tunecina de Djerba (Gelves), operación en la que el monarca desplaza a Navarro al nombrar capitán a un inexperto García Álvarez de Toledo, episodio en el que también se emplean las coronelías, pero la falta de agua y el desorden en las líneas de tropas favorecen el ataque masivo con piedras, lanzas y flechas del enemigo, obligando a una retirada descontrolada. No obstante este desastre, las batallas en estos escenarios de Berbería de comienzos del siglo XVI demuestran que «los primitivos tercios ya no son solo útiles contra la caballería francesa, sino contra un enemigo formado por unidades tan variadas como el berberisco, que contaba con un gran número de infantes con lanza y espada y con caballos ligeros» (pp. 89-90). En este sentido, el norte de África supuso un paso previo fundamental en el origen de los tercios, actuando como verdadero campo de pruebas de estas unidades militares que habían empezado a germinar en los años previos en Italia, y que ahora ensayaban en otro escenario completamente diferente las tácticas, estrategias y armamento que habían empleado en su enfrentamiento contra Francia, confirmándose así la valía de estas unidades militares.

A continuación, se dedican algunas páginas al análisis de la relevancia de la figura de Fadrique Álvarez de Toledo y de la participación de los tercios en la guerra de Navarra

(1512-1529), representación del combate moderno por excelencia al integrar perfectamente el empleo del arcabuz y la pica, así como al estudio de Próspero Colonna y Fernando de Ávalos y la batalla de Bicoca (1522), un paso más dentro de la dualidad entre arcabuz/pica, pues, por primera vez, los arcabuceros producen una línea constante de fuego. La batalla de Pavía (1525) es perfilada, siguiendo la crónica de Pedro Valles, *Historia del fortissimo y prudentissimo y prudentissimo capitan Don Hernando de Aualos*, como la culminación táctica de los nacientes tercios, pues, además de perfeccionar la táctica de la emboscada, ya practicada en Bicoca, es la primera vez que picas y arcabuces forman una unidad compacta: las picas aparecen formadas en cuadro y protegiendo a los arcabuces en su interior, eje de la exitosa táctica de los tercios en los campos de batalla europeos durante los siglos XVI y XVII. El marqués de Pescara da, así, un paso más sobre las iniciales enseñanzas del Gran Capitán, forjando la esencia práctica de unas unidades de élite que serán el gran apoyo de una Monarquía Hispánica que logrará imponer su predominio militar y político en la Europa moderna.

La conquista de Milán en 1535 establecerá la necesidad de instituir un ejército permanente en Italia para alejar la continua amenaza francesa, fijando para estas unidades una organización y administración perfectamente establecida. Esto se realizará finalmente en las citadas Ordenanzas de 1536, que dotan de estructura organizativa a las tropas que quedan ubicadas permanentemente en Sicilia, Nápoles y Lombardía, consolidando también su administración, como analiza Calvo Rúa en el epílogo de su libro. Esta es una obra en la que, de una forma sencilla y con una lectura accesible para cualquier público interesado en esta parcela de la historia militar, se consigue fijar algunos de los presupuestos fundamentales para establecer y, sobre todo, comprender, el origen de los tercios españoles, atendiendo tanto a los presupuestos teóricos como a los diferentes escenarios bélicos en el que estas tropas fueron conformándose, con ayuda de jefes militares de especial relevancia, antes de quedar constituidas como tales en las Instrucciones militares de Carlos V dadas en Génova el 15 de noviembre de 1536.

Beatriz Alonso Acero
CEHISMI